

Julio Cortázar

(1914-1984)

Somos como yo quiero verlos, no como ustedes quieren ser vistos.

Julio Cortázar

Julio Cortázar nació en Bruselas, Bélgica, el 26 de agosto de 1914. En una entrevista, recordaba que su madre le contó que estaba muy inquieta cuando lo esperaba, escuchando desde su cama en el hospital cómo sonaban los obuses alemanes que hacían explosión muy cerca. “Mi nacimiento fue sumamente bélico –añadió Julio–, lo cual dio como resultado a uno de los hombres más pacifistas que hay en este planeta”.

Los primeros tres años y medio de su vida transcurrieron en Suiza y Barcelona. Uno de los recuerdos más vivos de su infancia fueron imágenes dispersas e inconexas que, sin saber exactamente, eran del Parque Güell, a donde lo llevaba su madre cuando tenía dos años. “Desde entonces, quizá, mi gusto por Gaudí”, afirmaba. En 1945 iría al encuentro de esas fantasías, ya no con la mirada mágica de niño, “que trato de conservar, pero que no siempre tengo”, sino la de un observador que se movía con naturalidad en lo fantástico, siendo esta su manera de entender y de relacionarse con el entorno.

Todo lo que flota a su alrededor nos traslada a ese su mundo tan imaginariamente real, donde los cronopios se superponen a los famas; al no esperado encuentro, apoyados en algún pretil de hierro donde nos reflejemos en un charco de agua.

En 1918, José Julio Cortázar y María Herminia Descotte, sus padres, regresan a la República Argentina con su hijo, instalándose en Banfield, un pequeño poblado a las orillas de Buenos Aires. Allí cursó estudios de magisterio y de letras; trabajó durante algún tiempo como maestro rural y enseñaba literatura francesa en la Universidad de Cuyo, a la que renunció por su postura contra el peronismo. En 1951 los “Vientos alisios” lo llevaron a París, donde fijó definitivamente su residencia. Viajó a Cuba en 1962 –experiencia decisiva en su vida por su toma de conciencia política– y en 1970 a Chile, para asistir a la toma de posesión de Salvador Allende.

Por esto no es difícil imaginarlo en 1968, a sus 54 años, repartiendo volantes en aquel mayo de París, o atisbando en los acontecimientos políticos de América Latina, enigmas que fueron explorados y recreados en gran parte de su literatura, ya fuera con ironía o soportando sobre las espaldas de sus personajes todo el cansancio de la cultura heredada.

Son muchas y diversas las voces en la extensa obra del gran cronopio; están presentes la música, las artes plásticas, la fotografía, el performance, el box y la vida, se entremezclan y se confabulan, creando atmósferas insólitas y ambiguas donde se mueven personajes comunes que intentan transformar su realidad como Horacio Oliveira y la Maga, naufragos en busca de un lugar seguro, en *Rayuela* y el virtuoso saxofonista Johnny, que quiso nadar sin agua, en “El perseguidor”, o contrastando los tiempos de una forma natural, en “La noche boca arriba”. Otras veces se percibe la presencia de Cortázar, después toma distancia y deja hablar a los muertos como en “El Apocalipsis de Solentiname”. Entrelaza una pelea de box organizada por Alain Delon y el asesinato de Evaristo, perpetrado por sus propios compañeros, en “La noche de Mantequilla” y rescata a muchos de sus personajes como el adolescente que está siendo seducido por una desconocida y son captados por la lente del fotógrafo, en “Las babas del diablo”; o María Elena quien, a diferencia de Carlos, el muchacho de la corbata verde, en “Segunda vez”, logra salir, aunque sea temporalmente.

Su obra, objeto de innumerables artículos y ensayos, también ha sido llevada al cine. ¿Cómo no recordar *Blow up* dirigida por Michelangelo Antonioni en 1966 e inspirada en “Las babas del diablo”; o *Monsieur Bébé* y “Las armas secretas”, bajo la mirada de Claude Chabrol en 1974; o *Mask*, a partir de “El perseguidor” y dirigida por Ernesto Rimoch en 1981. También ha sido motivo de adaptaciones para el teatro y la danza, para la obra de muchos artistas plásticos y visuales, por ejemplo, la memorable y poética instalación de Verena Grimm *Toco tu boca*, inspirada en el capítulo siete de *Rayuela*, en 1993.

Hombre sin edad, perseguidor incansable de las fantasías y contradicciones del género humano, nos lega con su obra la posibilidad de escapar, devolviéndonos a nuestro paraíso precario. *Alguien que anda por ahí...* siempre Julio.

Lorena Gómez Calderón
Programa Editorial



Foto: Luis Humberto González/ La Jornada